

## **Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio**

**Beatriz Bragoni<sup>1</sup>**

Artículo recibido: 30 de mayo de 2017

Aprobación final: 30 de septiembre de 2017

Las vías de indagación propuestas para reflexionar sobre el lugar de la obra de Tulio Halperin Donghi en la historiografía que cultivamos son interesantes porque trazan una genealogía de temas que hemos frecuentado a lo largo de nuestras carreras dedicadas al siglo XIX argentino, sujeta a condiciones institucionales muy distintas a las que se vio expuesto. Obviamente, no es este el lugar para desarrollar los contrastes entre unas y otras, aunque no estaría de más traer a colación que se trató de un asunto regularmente por él argumentado cada vez que tenía oportunidad de ensayar reflexiones expresando, una y otra vez, su satisfacción ante la formación de una comunidad de historiadores que por fin había hecho suya la demorada empresa de colocar el caso argentino en las coordenadas de la historiografía hispanoamericana e internacional, que hasta la víspera había dependido de esfuerzos individuales, o de grupos minúsculos en los que había participado.

Sin duda, la consolidación y profesionalización disciplinar propició la difusión de su obra, y alimentó también diferentes modos de interpellarla en función de las desiguales condiciones y tradiciones disciplinares cultivadas en los ámbitos académicos y universidades argentinas. En tal sentido, si el texto de Gabriel Di Meglio se hace eco de la manera en que la producción historiográfica de nuestro homenajeado disparó toda una gama de investigaciones dispuestas a poner a prueba sus hipótesis, y, eventualmente, a corregir imágenes consagradas por el gran historiador argentino, su lectura trasunta una especie de malestar latente que no parece reducirse a la manera abigarrada de exponer los resultados de su labor intelectual, sino también a las formas

---

<sup>1</sup> Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

de interpelar el pasado político que historió de manera magistral. Mis impresiones en este aspecto no son idénticas no solo porque pertenezco a una generación de historiadores cuya formación coincidió con la creciente profesionalización de la disciplina en los años que siguieron a la normalización de las universidades y del CONICET, sino porque las formas de acceder y de pensar Halperin en circuitos paralelos a los que él señala como capitales para la difusión de su obra, sugieren también tener en cuenta recorridos no necesariamente equivalentes a los evocados. En torno a ello, y en función de las múltiples aristas sugeridas en el texto, traeré a colación dos o tres asuntos que resultan atractivos para interceptar algunas claves de lectura que considero oportunas para complejizar sobre las lecturas y usos de Halperin.

**I.** Un primer señalamiento atañe al supuesto aislamiento y descontextualización de Halperin del entorno político e historiográfico en el que formuló sus influyentes tesis e interpretaciones sobre la crisis imperial, la revolución, y el (des)orden político que le siguió. Di Meglio supone que el carácter fundacional que su obra adquirió entre quienes lideraron la configuración del campo historiográfico en la transición democrática habría omitido el entorno intelectual y político que la había cobijado, y habría hecho declinar el género ensayístico entre los historiadores académicos. Se trata por cierto de una lectura incitante que amerita algunas consideraciones en relación al lugar que el mismo Halperin otorgó a ese ambiente intelectual, y al modo escogido para intervenir en el curso historiográfico que le sucedió una vez que su obra se convirtió, como sugirió Hilda Sabato, en “sentido común historiográfico” (Sabato, 2016). Por una parte, convendría reparar que nuestro autor se ocupó de explayar argumentos sobre las divergencias que habían animado sus preocupaciones de quienes incurrieran en temáticas equivalentes, no tanto porque ponían en duda o podían llegar a corregir las versiones ofrecidas por aquellos con los cuales dialogaba de manera explícita o soterrada, sino también porque la forma de vincular pasado y presente era radicalmente distinta. En torno a ello, si el abordaje seminal sobre la revolución observaba ya el peso del “mito de origen” en los supuestos que estructuraban las narrativas decimonónicas entre quienes pretendían escudriñar su carácter democrático o aristocrático, y hacía evidente que se trataba de una preocupación menor frente al interés de entender “las peculiaridades de la movilización política que acompañó esos sucesos”, su demarcación provenía más del desinterés por filiarse con esos debates en cuanto estaba mayormente depositado en develar los factores múltiples de esa densa experiencia en la medida que permitía

observar el desplome de un orden social y del sistema de creencias plurisecular que abrió paso a la formación de las nacionalidades, e interceptar en ese proceso global “el camino argentino al Estado-nación” (Halperin, 2014:13). Dicha problemática resultaría crucial en el nutrido repertorio de obras que dedicó al siglo XIX argentino, en las cuales supo combinar, gracias a su excepcionalidad como historiador que como sugirió el italiano Franco Venturi todo lo lee y sólo selecciona o cita lo que considera relevante, un amplio espectro de enfoques y fuentes que podían guardar sintonía con el modelo ecológico braudeliano para comprender el peso de las estructuras sin pretensión de hacer de ella un abordaje geohistórico, el influjo inspirador de Bloch y Febvre en lo relativo al mundo de las ideas o las creencias, o en los supuestos de la economía de desarrollo en la cual, vale recordar, radicaron las discusiones y matrices metodológicas que compartió con sus más dilectos amigos enrolados, desde los años sesenta, en la demorada empresa de renovar el saber histórico en diálogo con las ciencias sociales en el país.

Esa combinación ecléctica, y al mismo tiempo dotada de regular coherencia para ofrecer claves de lectura sobre el derrotero argentino en las especificidades del corto, mediano y largo plazo, ante la insatisfacción de las versiones ancladas en alguna que otra sensibilidad nacionalista, o la fascinación de socializar conjeturas que le eran exclusivas, no resulta independiente de sus cualidades eruditas ni tampoco del modo halperiniano de insertarse en los debates sobre temas y problemas que resultaban caros a su agenda. Si en los prólogos que acompañaron la primera y segunda edición de *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, se aprecia la valoración del cambio de clima historiográfico en la España post franquista en tanto en 1961 se había visto obligado a emprender un “diálogo ideal” con tratamientos eruditos que juzgaba estériles ante discusiones mucho menos ricas aunque “estridentes” encaradas por los historiadores argentinos, la sutileza con la que hizo evidentes los aciertos y disidencias sobre el tipo de preguntas y abordajes que tenían como eje el problema de la nación en la Argentina del siglo XIX, ponen de relieve cuestiones que resultan indicativas del modo en que fue el mismo Halperin quien se ocupó de recordar en cuánto la producción histórica más reciente, si por fin se había atrevido a colocar la experiencia histórica argentina en las agendas de las historiografías cultivadas en los principales centros académicos mundiales, no había conseguido esquivar del todo el clivaje político-institucional que le había precedido (Halperin, 2001). En un artículo que

dedicó al resurgimiento de la historia política en el país, como en las reseñas y comentarios en los que repasó los puntos de contacto y desencuentros entre una y otra historiografía, traería a colación en cuánto el debate sobre la transición entre el antiguo régimen y la conformación republicana de la nación, esa temática que los historiadores argentinos habían interpelado a partir de la lectura furetiana emprendida por F. X. Guerra, estaban tan preocupados por examinar “la naturaleza del orden confederal madurado luego del derrumbe del estado revolucionario”, como en “descubrir los lugares donde se consumó la alquimia que transmutaba menudos fragmentos de poder económico e influjo social en uno de esos átomos de poder político que los dirigentes de la etapa de organización nacional buscaron –y finalmente lograron- integrar en constelaciones de poder tolerablemente estables” (Halperin, 1999:172-174). Develar ese ensamblaje, entonces, suponía no sólo trazar puentes entre una etapa y otra, sino especialmente desmontar algunas influyentes imágenes sobre la íntima asociación entre poder económico y poder político en las provincias del interior, y prestar mayor atención sobre la diferenciación o la especificidad de la actividad política que había dejado como legado la revolución.

**II.** Dicho anticipo habilita ingresar un segundo señalamiento que hace pie en el peso de la herencia halperiniana en los estudios sobre las elites, y la gravitación de la experiencia de Buenos Aires en las renovadas historiografías referidas al interior. Para ello, me apartaré del clivaje por autores y provincias que organiza el texto en tanto dicha economía argumentativa no resulta del todo eficaz para considerar los puntos de contacto, y diferenciación entre el legado halperiniano, y la agenda que le siguió.

Uno de ellos complejiza el zócalo historiográfico sobre el cual descansó la renovación de los estudios sobre las elites cuyos resultados permitieron corregir, o verificar las hipótesis postuladas por el gran historiador en torno a las variaciones interpretativas que pendieron en su latente observación sobre la caracterización histórica de las elites pampeanas en el largo siglo XIX argentino. Al respecto, conviene recordar que el proceso de transformación y diferenciación de las elites, un asunto capital en su obra, que dialogó con el tratamiento que realizó Gallo sobre las múltiples procedencias sociales que dinamizaron la expansión santafesina, reconoce no de manera exclusiva su legado en tanto la discusión, como observó oportunamente Gustavo Paz (2007), se imbricó con los estudios sobre familia y parentesco de las elites hispanoamericanas que en contraste con visiones macro (de cualquier tipo), antepusieron a los rasgos arcaicos

que solían prevalecer en su tratamiento o desempeño, racionalidades o lógicas dotadas de innovación social y empresarial. Tales convenciones dieron lugar a diálogos muy diversos los cuales, a fuerza de ser sintética, atemperaron el peso de las estructuras y de la estancia, entronizaron al actor y sus prácticas, y restituyeron trayectos sociales en el corto, mediano y largo plazo ya sea en espacios motorizados por la expansión de la economía atlántica como en espacios periféricos.

Esa proliferación de puntos de vista sería la que en definitiva alentaría la puesta en marcha de pesquisas dispuestas a probar, restituir y argumentar procesos de formación y renovación de las elites antes y después de la revolución con objetivos no necesariamente idénticos, las cuales si bien guardaban sintonía con las escalas de las sociedades y economías en cuestión, resultaban indicativas del carácter no inmutable de los ubicados en la cúspide del poder social desde los tiempos de la conquista, y de las variaciones que dichos contextos imprimían. Vale destacar que tales resultados procedían de investigaciones muy distintas a las utilizadas por el gran historiador. Para la “Revolución en el país”, esa pintura magnífica que retrata el peso de las condiciones y actores locales en la adhesión o rechazo a la iniciativa porteña, y en la guerra que siguió, como también en *De la revolución a la confederación rosista*, Halperin hizo uso de la bibliografía existente que en los sesenta y en los setenta no tenía ni preguntas ni preocupaciones comunes, sujetas en abrumadora mayoría a la escuela erudita o al revisionismo histórico en sus variantes hispanistas o populistas. Trastocar los cimientos de esa mezcla entre Levene, Zorraquín Becú o Vicente Sierra, junto a vertientes nacionalistas y antiporteñas por principio y que por tales debían tolerar a Rosas (que incluye autores tan disímiles como Enrique Barba, José María Rosa o Carlos Segreti), no sólo suponía considerar las imágenes de esas variantes revolucionarias y de las elites que de la obra halperiniana provenían, sino, muy especialmente, refutar las prevalecientes en las historiografías vernáculas que mantenían intactos los supuestos genealógicos de la nacionalidad y las provincias argentinas. Tal vez allí radique, según emana del texto, el carácter discretamente confrontativo entre *Revolución y Guerra*, y las versiones hoy disponibles sobre la caracterización de las elites, grupos propietarios o burguesías del interior, como gusten llamarse. Estas, si bien han permitido identificar la concurrencia de recursos y prácticas sociales al interior de contextos variables que favorecieron la entronización de nuevos actores en el sistema político del siglo XIX argentino dotando de mayor complejidad al clásico elenco de caudillos locales, no dejan

de evidenciar los severos contrastes entre los matizados trayectos de las elites provinciales, y la de Buenos Aires, siendo ésta, como bien se sabe, la que mayor atención mereció con el objeto de poner a prueba la señera advertencia halperiniana sobre su modelaje histórico y su vuelco tardío a la inversión rural (Hora, 2005). El énfasis en las pautas de inversión empresarial, y el interés por distinguir las fuentes de riqueza material de las posiciones políticas (directas o mediadas), resultó ejemplificador en varios planos en tanto permitió visualizar procesos equivalentes en provincias tan disímiles como Santa Fe, Mendoza, Córdoba o Tucumán, introduciendo severas sospechas sobre contrastes infranqueables entre la dimensión o esfera política de unas áreas sobre otras (algo que está presente en el influyente Orden conservador diseñado por Natalio Botana), y haciendo patente los dispositivos sociales, políticos, institucionales, económicos y culturales que dotaron de mayor consistencia el juego de intercambios y cooperaciones fungidos en el consenso liberal que sedimentó el conflictivo proceso de centralización política y unificación nacional bajo la forma representativa y federal de gobierno.

Por supuesto, tales abordajes (empíricamente minuciosos y practicados con fuentes variadas) procedieron de desarrollos historiográficos complementarios, y también dependientes de herencias y actualidades académicas e institucionales. Me refiero en particular a los estudios regionales que vinieron a renovar las clásicas historias provinciales a partir de tratamientos heurísticos y profesionalmente sin tachas basados en fondos públicos locales que si bien resultaron ejemplificadores de la gravitación de las situaciones locales en la política nacional, no siempre privilegiaron las dimensiones inter y supraprovinciales, a excepción de la atención puesta en el haz de relaciones o nexos prevalecientes entre las elites o dirigencias provinciales susceptibles de documentar. Este aspecto no resulta un tema menor en el actual estado de conocimiento, en cuanto ha dejado en suspenso algo que Halperin pudo conjugar: esto es, hacer del caso algo más que un campo de verificación de hipótesis ya validadas en otros casos, y convertirlo en pivote o vector explicativo de las relaciones interprovinciales, complejizando las dimensiones normativas e institucionales tan presentes en la historiografía de ayer como en la actual, más allá de los giros renovadores. Al fin de cuentas, allí reside el nudo gordiano del siglo XIX argentino; esto es, cómo y a través de qué medios el archipiélago de provincias delegaron una porción de su soberanía para crear un centro de poder autónomo de las partes, proceso

que resultaría inescindible del evidente arbitraje ejercido por conglomerados sociales ajenos al recoleto mundillo de las elites o notabiliar.

**III.** El tema conduce a ensayar una última consideración en torno a lo que Di Meglio infiere del registro de lectura de nuestro homenajeado sobre su escasa sensibilidad o interés por capturar las identidades políticas populares, en beneficio de las desplegadas para las elites o el mundo de los letrados e intelectuales en las formas de imaginar y crear la nación. Al respecto, me limitaré a puntualizar aspectos historiográficos que juzgo razonables con el fin de explorar algunas variantes o precisiones de la forma halperiniana de interpretar la participación política de los sectores populares en el siglo XIX. Un primer aspecto recuerda el carácter pionero del tratamiento ofrecido por Halperin sobre la composición popular de la política rioplatense en vísperas de la ruptura revolucionaria, y la precoz formulación de aquello que también animó las pesquisas de Carlos Mayo sobre las diferentes modulaciones que adquirió en ambas orillas del ancho y conectado estuario del Río de la Plata. Ese registro analítico y hermenéutico que habría de modelizar en el último capítulo de *Revolución y Guerra*, y que documentaría en el volumen de Paidós, estaría destinado a estructurar la agenda de la nueva historia política en el país, y estimularía muy especialmente el examen de las formas de acción política colectiva, dando lugar a un rico repertorio de investigaciones dispuestas a documentar e interpretar en qué medida las prácticas sociales y motivaciones políticas registradas *au ras du sol* problematizaban las claves interpretativas que Halperin había ofrecido sobre la naturaleza de los nexos que vinculaban la política de las elites con la experiencia de los grupos subalternos. Tal contorsión o giro interpretativo reconoció procedencias variadas, aunque la tardía recepción de la variante de los estudios subalternos aplicados al proceso de formación de los estados nacionales latinoamericanos, proveyeron instrumentos conceptuales y metodológicos refinados para medir o calibrar la capacidad de agencia de “los de abajo” (Fradkin, 2008).

Halperin siguió con atención los avances de tales desarrollos historiográficos en tanto reivindicaban a los sectores populares (y campesinos) como actores del proceso de construcción estatal a despecho de la interpretación que hacía de las elites sus principales artífices, y se atrevían a postular hipótesis más audaces que les atribuían

capacidad suficiente de articular proyectos nacionales alternativos a los formulados desde lo alto en situaciones privilegiadas o específicas (Halperin, 2007). Esa clave interpretativa sería la que pondría en entredicho al poner en cuestión la pretensión de extraer de las experiencias políticas historiadas mediante el escurridizo proceso de restitución de los mismos (no sólo por la fatal ausencia o mediación de fuentes de los que no tienen voz), la contundente evidencia de los canales de integración social o institucional en que las mismas se desarrollaban. Si la observación al texto de Mallon (1995) sobre el carácter alternativo o contrahegemónico de las iniciativas populares en el proceso de construcción estatal resulta indicativa del modo halperiniano de interpretar la naturaleza contingente de los vínculos e identidades políticas del campesinado, esa tónica sería mucho más evidente al considerar dichas experiencias en las provincias emanadas del antiguo virreinato rioplatense. En ella, la certeza de la incidencia de una sociedad erigida en los márgenes australes de un imperio en declive, desigual y escasamente poblada, que dotó de fluidez los ámbitos urbanos y rurales en detrimento de rígidas jerarquías sociales a simple vista evidentes, y que la revolución habría acentuado ante las exigencias y dimensiones materiales de la política y la guerra. En ambas esferas, la intermediación social y política ocupó para nuestro autor un rol central en tanto calibraba la débil franja que distanciaba la obediencia de la rebeldía, ya sea en el plano del tejido administrativo-territorial, como en el de los cuerpos armados en cualquiera de las formas asumidas en el convulso siglo XIX. Dicho registro empírico y hermenéutico estaría bien lejos de pasar desapercibido para quien había anticipado como ninguno el papel del salario en el debut político de la plebe porteña, y había documentado a través de los libros contables de la comisaría de guerra el flujo de recursos monetarios exigidos por el ejército del norte, avizorando no sólo la gravitación de la masa salarial de la planta de oficiales en detrimento de la tropa que preanunciaba el colapso institucional. El peso de la dimensión material de la política y la guerra alertaba sobre todo las dificultades de afianzar la cohesión del sistema de poder en las provincias del Plata, y esa regular preocupación sería la que lo conduciría a ponderar los avances recientes sobre la militarización en el litoral, y del papel que cumplieron los ejércitos regulares en la multiplicación de partidas como producto de la insuficiencia de fondos fijos para abastecer y remunerar a las tropas, en tanto suministraban evidencias firmes sobre el crucial arbitraje de los cuadros intermedios de la oficialidad, y conjeturar, incluso, los vasos comunicantes entre la adhesión a la causa de la Patria, y la federación (Halperin, 2010:41).



Esa lectura inclinada a pensar la participación política en conexión con las características del sistema político, habría de constituirse en rasgo central de la forma halperiniana de entender su conformación y funcionamiento en el mediano y el largo plazo; el cual, a diferencia de otras experiencias europeas o latinoamericanas, había hecho de la ideología de la soberanía popular y la fórmula republicana el zócalo de convivencia política, sin que primara algún tipo de restricción legal en la constitución de sus gobiernos. La incidencia de ese dispositivo de regular aplicación en las provincias argentinas aunque plagado de controversias, en lugar de constituirse en problema, se revelaba en llave de acceso y vehículo de participación e integración política. Y esa inquietud por develar la continuidad en el cambio de las maquinarias políticas que habrían de gestionar el remplazo del sistema de Rosas a la era republicana liberal (que lo haría acuñar la memorable expresión acerca de que en la Argentina ningún poder podía sobrevivir a espaldas de las masas), resultaría relevante para apreciar la manera en que la fluidez que imprimía la economía y la sociedad, y la nula restricción legal para la participación política de sectores ajenos al mundillo de las elites, contribuía a evaporar las chances de las preferencias políticas populares de afianzarse de manera estable en organizaciones o agrupaciones partidarias. Antes y ahora, dicho problema conforma un nudo crucial de la agenda de investigación social y política del siglo XIX y XX argentino. En un lúcido ensayo, Juan Carlos Torre interrogó el fenómeno, y no dudó vincular aquel anclaje político decimonónico con la renuencia de los sectores populares de volcar simpatías en partidos que reivindicaban la identidad obrera, y optar en cambio por partidos policlasistas. Tampoco para Halperin ese regular interrogante le fue esquivo sino central en los argumentos que volcaría para desentrañar más de un enigma argentino.

Naturalmente, el modo de interrogación del pasado político nacional practicado por Halperin difícilmente pueda ser replicado en el actual estado del saber histórico en el país, en tanto el mundo en que formuló sus preguntas, y las condiciones de producción, resultan muy distintas; dicho contraste, sin embargo, no debería olvidar la forma de hacer historia que supo cultivar en cuanto renuncia a la pretensión de erigirse en insumo de alguna que otra pedagogía cívica, y preserva al territorio del historiador, la difícil y fascinante operación intelectual y artesanal de utilizar testimonios indirectos para restituir y narrar uno de los pasados posibles.

## Bibliografía

- Fradkin, R. (2008). Y el pueblo donde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense. En R. Fradkin (ed.), *Y el pueblo donde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 9-25.
- Halperin Donghi, T. (2014). Prefacio a la última edición de *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Halperin Donghi, T. (2001). Orígenes de la nación argentina. Un tema que retorna. En *Entrepasados*, 20-21, pp. 143-160.
- Halperin Donghi, T. (1999). Una nueva cofradía de historiadores entra en escena. *Entrepasados*, 17, pp. 172-174
- Halperin Donghi, T. (1997). Campesinado y nación. En *Historia Mexicana*, 46:3, p. 503-529, enero.
- Halperin Donghi, T. (2010). Comentarios. En Bandieri, S. (comp), *La historia económica y los procesos de independencia en América hispana*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 35-44
- Hora, R. (2005). *Una nación para el desierto argentino: algunas claves para su lectura* (Prólogo). Buenos Aires: Prometeo.
- Mallon, F. (1995). *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.
- Paz, G. (2007). Presentación al dossier “Elites argentinas, 1850-1910”. En *Entrepasados*, núm. 15.
- Sabato, H. (2016). Ser historiador. En Eujanián, A. y Ternavasio, M. (comps). *Halperin Donghi y sus mundos*. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes.
- Torre, J. C. (2012). ¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en la Argentina? En Torre, J. C. *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 55-72.

## **Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio**

### **Resumen**

Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio en el que se reflexiona sobre algunos de los rasgos que ha dejado la herencia historiográfica de la obra de Tulio Halperin Donghi.

**Palabras clave:** Sectores populares - Tulio Halperin Donghi - Historiografía argentina - Revolución

### **Comments to Gabriel Di Meglio’s essay**

#### **Abstract**

Critical notes of Gabriel Di Meglio’s essay in which he reflects on some of the features of the Halperin Donghi’s historiographical heritage.

**Keywords:** Popular sectors - Tulio Halperin Donghi - Argentine historiography - Revolution